



¡NO MÁS VIOLENCIA!

Mientras ella me contaba su vida el corazón se me estrujaba. Siempre creyó, de niña, que era culpable de algo monstruoso. ¿Por qué su padre la buscaba y la amenazaba para que guardara silencio? En aquel barrio humilde en el que tantos niños y niñas se quedaban solos en la casa, muchas veces tuvo que huir por angostas callejuelas para refugiarse en la casa de su tía. Solo ella le creía las historias: "es que tenés los mismos ojos grandes con los que yo nací, mi misma cara... es que se paga muy duro, hijita, el don de la hermosura." Mucho tiempo después entendió su drama.

En cuanto pudo se casó con el comerciante del lugar para huir de su peligroso encierro. Casi niña todavía fue madre y la historia de sufrimiento y humillaciones empezaba a repetirse. Pero fue el nacimiento de su hija el hecho singular que le dio fuerzas para romper con su pasado y empezar, con su propio esfuerzo, a labrarse una nueva vida. Se juró a sí misma que la pequeña no correría su misma suerte, y lo logró con creces.

Mientras las dos nos enjugábamos las lágrimas yo alcancé a reaccionar: "¡Pero cómo la admiro! Tantos obstáculos que venció, y con qué valentía. Ahora entiendo el orgullo de sus dos hijas por una madre tan valerosa que les labró el camino hacia una vida diferente." Hoy, 25 de noviembre, al conmemorarse el *Día internacional por la eliminación de la violencia contra las mujeres*, recuerdo este relato conmovedor.

Son miles las mujeres que en el planeta sufren violencia psicológica, física, o sexual; miles las que viven bajo amenazas y se enfrentan cotidianamente a la coacción o al hostigamiento. Todos los días mueren mujeres a causa de esta violencia contra ellas. Al triste panorama se suma la trata de personas que esclaviza y degrada. Miles de niñas ven limitados sus sueños de una vida en la que la estima, la protección y el trato equitativo les permita florecer como seres humanos. Por eso hay razón, en los tiempos en que vivimos, para que muchas voces se escuchen con una vehemente exigencia: ¡Basta ya! ¡Detengamos la violencia contra las mujeres!

Y es que se ha ido acumulando una gran deuda con ellas. Mientras en los foros internacionales se emiten declaraciones, mientras se concretan avances sorprendentes en el estudio de las razones de esta violencia, es decir, la desigualdad entre hombres y mujeres, mientras los países suscriben compromisos, miles y miles de mujeres repiten la cruel historia de abuso, maltrato o discriminación. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Cómo puede ayudar cada una y cada uno de nosotros para contribuir a detener esta injusticia?

En primer lugar, reconocer que esta violencia es inaceptable, y que tal violación a los derechos humanos de las mujeres merece que nos convirtamos en una fuerte voz para rechazarla y ponerle término. En los lugares en los cuales nos movemos o trabajamos, insistamos en ayudar a las mujeres a romper el silencio, luchemos por que se les brinde ayuda y protección. Esforcémonos por estudiar y comprender el origen de esta violencia, así como las formas que tenemos a nuestro alcance para romper el ciclo doloroso... Actuemos todos los días para transformar las relaciones entre los géneros: en la infancia, en la juventud, ayudemos a reconstruirlas de forma que se sustenten en el respeto mutuo, la igualdad y la armonía.

Y en Costa Rica, exijamos medidas efectivas para prevenir esta violencia y proteger a las víctimas; exijamos que no haya impunidad y que se cumplan los compromisos internacionales suscritos por nuestro país. Y como ciudadanas y ciudadanos del mundo, unámonos a las voces que en todo el planeta luchan contra una violencia que es global y sistemática. Nuestras niñas y niños tienen derecho a una vida sin violencia. Y hoy es el día para que pasemos a la acción.